6272

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LÍRICAS.

LA LLAVE
DE LA GAVETA,

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA DEL FRANCES

POR

DON JOSÉ MARÍA LARREA

Y

D. JUAN CASTALINA.

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA
SAN BORJAS Y ROCA

TERCERA EDICION.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ,—40,—2.°
1877.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE MAYO DE 1876.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
A Filadelfia	1	D. J. Estrañi	Todo.
Dos hijos	1	J. Fernz. Brëmon	»
El ahorro	1	Cárlos Frontaura	»
El Conde Patricio	1	F. Sanchez Castilla	»
El doctor Escamilla	1	J. Moreno Liaño	»
El gladiador de Rávena	1	J. Echegaray	»
El matador de Vallecas	1	Manuel F. Vallejo	»
En la misma moneda	1	José Jackson Veyan.	»
Iris de paz	1	José Echegaray	»
La Castanyada	1	E. Vidal	»
Lo diable son las donas	1	E. Vidal	»
Ni se empieza ni se acaba	1	S. M. Granés	»
Nubes de verauo	1	Cárlos Trigo	»
Un quadro ó la barca de San Pere	1	E. Vidal	»
Por un telégrama	1	José Jackson Veyan	»
Un zapatero de viejo	1	Eugenio Rubí	»
La pau de casa	2	E. Vidal	»
La nodriza	2	Enrique Gaspar	»
Nadie es profeta en su tierra	2	J. Moreno Liaño	»
Por recoger una herencia	2	Gaspar Thous y Orts	»
Como empieza y como acaba	3	J. Echegaray	»
El número tres	3	Miguc Echegaray	»
L'art de la bruixeria	3	E. Vidal	»
Ó locura ó santidad	3	J. Echegaray	»
Pepe Carranza	3	Cárlos Frontaura	»
El fruto vedado	3	F. Sanchoz de Castro.	»
Luchas de amor	3	M. Catalina	»
Madamas y Lechuguinos	3	R. Puente y Crañas	»
Valiente noche de Reyes	3	M. Flores	»
Vanitas vanitatum	3	M. Echegaray	»

LA LLAVE DE LA GAVETA.

2520871

LA LLAVE DE LA GAVETA,

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D JOSÉ MARÍA LARREA Y D JUAN CATALINA.

Representada en el Teatro del PRINCIPE en Madrid, en la noche del 8 de Octubre de 1862.

JUAN DORRÁS Y ROCA
EMPRESA
COMPAÑIA DE ZARZUELA

TERCERA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
SUSANA.....	Doña Francisca Muñoz.
CLOTILDE.....	Doña Rosa Tenorio.
ALBERTO.....	D. Juan Catalina.
RICARDO.....	D. Manuel Pastrana.
RAMON, criado de la fonda.....	D. Ramon Guzman.

La escena es en San Sebastian.

Esta obra es propiedad de D. Juan Catalina, y nadie podr sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España á sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Salon en una fonda: muebles decentes: á la derecha del espectador el cuarto que ocupan Susana y Alberto, enfrente el de Clotilde y Ricardo. Puerta al foro, ventana á la izquierda.

JUAN BRAVO Y RCCA
EMPRESA
COMPAÑIA DE ZARZUELA

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO, entrando por el foro.

¡Siete *judías*, una tras de otra! Esto es desesperante! ¡Hoy, que me había yo dedicido por el *contra-arábigo*! Si cuando la Divina Providencia se empeña...—¡Y pensar que un caballero cómo yo, todo un rentista con nueve mil duros anuales, se encuentra en este momento sin un real en el bolsillo para poder continuar aquella condenada martingala!...—Y el caso es que si hubiese podido seguir dos golpes más, de seguro me llevo hasta el tapete... ¡qué dos golpes! con uno... pero nada... ni un... (Registrándose el bolsillo.) ¡Calla! si creo que aún queda aquí algo trasconejado...—¡Ah! ¡miseria humana! ¡Tres pesetas!—Aquí tienen ustedes á dónde conducen la debilidad y el entusiasmo de la luna de miel. Yo fuí débil; sí, muy débil. Primero entregué á una mujer mi corazon, despues mi mano, y como si no fuesen bastantes tantas necedades seguidas, cometí por fin

la gorda! ¡Consentí en que ella sola administrase nuestros caudales, conservando en su poder la llave de la gaveta! ¡Oh, amor, amor! tú podrás ser ciego, pero tus adeptos somos tontos; consuélate.

ESCENA II.

ALBERTO, RICARDO. Ricardo desde la puerta de su cuarto ha oido las últimas palabras de Alberto.

RIC. Chico, ¿eso es en tésis general, ó hablas por tí solo?

ALB. ¡Cómo!... ¡Calla! ¡Ricardo!... (Abrazándole.)

RIC. El mismo. ¿Cómo te va, querido mio? Anoche me dijo el mozo que habías llegado, y en verdad que no os esperaba. ¿Cómo está tu linda esposa, que es á la vez mi amable tia?

ALB. ¡Ay, Ricardo! Bien. Lo que es de salud perfectamente. Pero díme, díme, ¿qué ha sido de vosotros? ¿Supongo que estará aquí Clotilde?

RIC. Naturalmente. Donde está el cuerpo...

ALB. El alma tambien, entendido. ¿Y cómo lo habeis pasado en París? ¿Qué tal va la luna de miel? Vaya, poco que se va á alegrar Susana...

RIC. Anoche mismo hubiésemos entrado á saludarla, pero cuando supimos vuestra llegada fué al volver del teatro; ya era tarde, y ahora se está vistiendo Clotilde para ir á dar esta sorpresa á su tia. ¿Y tú, qué tal? ¡Calaveron! ¿Has sentado ya la cabeza?

ALB. Sentado... y acostado, chico. Soy un ermitaño.

RIC. Lo creo. Casado con una viuda...

ALB. Muy jóven y muy linda. Siempre fué mi sueño dorado una viuda.

RIC. ¡Já! ¡já!

ALB. No, no te rias, hombre; yo tengo mis razones, basadas en la no escasa y lógica experiencia.—En una muchacha todo se vuelven exigencias, y luégo sin conocimiento del mundo, de sus seducciones... expuesta á los la-

zos de esa plaga de la humanidad que se llama solteron, tragaldabas que no come más pan que el que amasamos nosotros... mientras que una viuda... Chico, una viuda conoce á fondo lo positivo de las cosas. La viuda, una de dos: ó ha sido desgraciada con su primer marido y entónces busca en el amor del segundo el olvido y consuelo de su infortunio, ó ha sido muy dichosa con el número uno, y comprendiendo la pérdida inmensa que acaba de sufrir, busca con afan el medio de reemplazarle, y en este caso está perfectamente dispuesta á amar al número dos. ¿Te ries? Pues, hombre, no puede haber nada más lógico.

RIC. No, lo dudo; pero de todos modos estoy por mi sistema.

ALB. ¡Te va bien, eh? Tienes la llave de la gaveta?

RIC. ¿De la gaveta? ¿De la mia? Por supuesto. Pero, á qué viene?...

ALB. Á nada, á nada. (Ap.) (¡Ah, dichoso mortal! Tiene la llave!) (Alto.) Es una excelente costumbre esa de guardar la llave uno mismo... yo tambien, no creas, yo tambien guardo la... ¡ejem!—Puede uno verse en mil lances; un amigo que necesite dinero, un desliz en el Casino en la mesa del lansquenet ó del monte...

RIC. ¡Ah! ¿Tú sigues con el vicio?

ALB. Por distraccion, chico. No sabe uno qué hacerse á ciertas horas del dia, y algunas otras de la noche... sobre todo en tiempo de baños. ¿Qué haces en los baños? Le llevan á uno al Casino... Hay que jugar. Creerían que el retraerse era por mezquindad...

RIC. Vamos, eres el mismo de siempre. Lo que es razones no te han de faltar...—Te dejo. Voy á ver si Clotilde está dispuesta. Hasta luégo. (Váse por la puerta izquierda.)

ALB. ¡Hasta luégo, bienaventurado mortal, poseedor de todos tus derechos matrimoniales y pecuniarios!...

ESCENA III.

ALBERTO, SUSANA.

SUSANA. (Saliendo.) Te buscaba, Alberto.

ALB. ¡Susana, esposa mia! Llegas lo más á propósito...

SUSANA. ¿Pues qué sucede?

ALB. Nada, hija; una friolera. Si tuvieses la bondad de prestarme dos mil reales...

SUSANA. Amigo mio, el dia que entré en posesion de esta llave prometí no abusar jamás de ella y... (Sacando una llave del bolsillo.)

ALB. ¡Ah! ¡preciosa llave! (Queriendo cogerla.) ¡Ay! ¡Déjame tocarla siquiera! hace tanto tiempo que no...

SUSANA. Caballero, le tengo á usted señalada una pension de tres mil reales mensuales para sus gastos particulares, pension que cada primero de mes cobra usted con religiosa exactitud? ¿Cómo tiene usted atrevimiento para pedir un crédito supletorio sin motivo justificado?

ALB. Susana, hija; tú conoces el estado de Europa. Todos los gobiernos están pidiendo créditos supletorios cada quince dias. Si supieras cómo se ha subido todo. Los gastos menudos especialmente. Ya no puede uno arriesgarse à salir á la calle sin dos ó tres mil duros en el bolsillo.

SUSANA. Quita, quita. ¡Vaya, treinta y seis mil reales al año!...

ALB. Sí, pero el pasado ha sido bisiesto. Esto ha echado por tierra todos mis cálculos.

SUSANA. Sin contar con los extraordinarios que cada dia se le ofrecen á usted. Hace dos meses, sin ir más lejos, estabas tan empeñado en tener un caballo inglés, que me ví obligada á comprarte uno, aumentando en diez y ocho mil reales nuestro presupuesto de este año.

ALB. Sí, es verdad que compraste el caballo; sólo que como que le mandas enganchar todos los dias á tu americana, no puedo yo montarle nunca; á ménos que me sople

un par de botas y una gorrita, y guie yo mismo el carruaje haciendo de postillon... No estaría yo mal representando el *Postillon de la Rioja*; pero francamente, no me es muy agradable este género de equitacion y he preferido alquilar un caballo. Ahí tienes un gasto extraordinario del cual tú sola tienes la culpa.

SUSANA. Sí, tan indispensable es ese como el de la sala de armas, donde despilfarras un dineral en sables, floretes y asaltos.

ALB. ¡Ah! ¿Y me negarás que sola tú eres tambien la causa de ese despilfarro?

SUSANA. ¿Yo?

ALB. Señora de Riotinto, ¿recuerda usted las palabras que me dirigió usted cierto dia, tres años ántes de nuestro matrimonio?

SUSANA. ¿Y á qué viene?

ALB. Yo la hacía á usted la córte.

SUSANA. Lo cual era una infamia, porque yo estaba casada. Así son ustedes...

ALB. Es una verdad lastimosa, pero exacta. La pasion todo lo justifica. Usted era desgraciada, señora; sus enrojecidos ojos decían bien claramente cuán poco se divertía usted al lado de mi predecesor, y á pesar de este convencimiento yo era discreto y rigorista. Solo al cabo de quince meses de silencio y tormentos me atreví á dirigir á usted una declaracion *sotto voce*, burlando le vigilancia de su tirano. Su respuesta de usted fué una carcajada.

SUSANA. (Riendo.) Já, já, la cosa no era para ménos.

ALB. No, pues yo no me reia.—¿Por qué no corresponde usted á mi pasion? la dije con acento lastimero...—Porque estoy casada, caballero, me respondió usted con dignidad.—¡Oh! insistí yo, debe haber otra razon, dígamela usted, señora.—Pues bien, señor de Riotinto, me dijo usted, con sinceridad le confesaré, que aun cuando fuese libre no podría amarle á usted, porque...—¿Por qué? —Porque es usted muy gordo.—Verdaderamente entón-

ces estaba yo atroz, ¡redondo como un tonel!—Enflaquecer ó morir! me dije. Al dia siguiente comencé á hacer gimnasia: me pasaba los dias enteros colgado del trapecio; levantaba pesos enormes con ambas manos, diciendo dolorosamente para mís adentros: «Dios mio, esto es por ella.» Despues corrı á la sala de armas, tiré el sable cinco horas diarias, con rabia, con desesperacion; estocada en cuarta, parada en sexta, corte uno, dos, pam!! pam!! El amor me prestaba sus fuerzas y reanimaba mi brazo, rompía diez sables y floretes diarios, ¡qué importaba! Tenía curvaturas y calambres horribles, ¿qué importaba? Nada; yo conseguí mi objeto; ¡me puse flaco!!

SUSANA. ¡Cómo! ¿y era por mí?...

ALB. (Con pasion.) ¡Ni siquiera lo sospechabas!... ¡Ingrata!! (Cambiaudo de tono.) Conque dime, Susana, tienes por casualidad ahí dos ó tres mil reales como adelanto del año que viene?...

SUSANA. ¿Pero para qué los quieres?

ALB. Hija, mañana son los dias de la reina Vitoria, y...

SUSANA. Supongo que no pensarás en hacerla ningun regalo.

ALB. No, pero hay un buque inglés surto en la bahía, y estarán de gala...

SUSANA. ¿Los ingleses? Algo de ingleses debe haber en el asunto. ¿Pero cómo recien llegado?... ¡Ah! vamos; tú has salido esta mañana, ya habrás descubierto... ¿Adónde has estado?...

ALB. En misa, hija mia. Allí me eucontré al Vizconde del Fresno, que me llevó á ver la ciudad, el puerto...

SUSANA. Y qué más?

ALB. Nada, nada más. Luego pasamos por el Casino...

SUSANA. Ya pareció aquello. ¿Y subiste?

ALB. Sí; allí estaban una porcion de amigos de Madrid, bañistas que van acudiendo á esta deliciosa concha.

SUSANA. Y que se entretenían en jugar al monte... ¿No?

ALB. ¡Cá! no, hija: ¡al monte! ¡un juego tan inmoral! Nada de eso, era el golfo... por entretenerse... nada más.

SUSANA. Acaba. Y te dejaste el dinero que tenías, por entretenerte...

ALB. ¡Quiá, no, tonta! (Sonando las pesetas que tiene en el bolsillo.) Mira, mira si tengo dinero, todo el que tenía; sino que como estamos á últimos de mes, y que trae treinta y uno, ya ves...

SUSANA. Sí; ya veo que es usted un vicioso, un jugador, y que no le daré á usted ni un real.

ALB. ¡Susana! Susanita de mi corazon...

SUSANA. Lo dicho. (Llamando á la campanilla.)

ESCENA IV.

DICHOS, RAMON.

ALB. ¡Oh tiranía conyugal! ¡Oh luna de miel!!

RAMON. (Saliendo.) ¿Han llamado ustedes, señores?

SUSANA. ¡Ah! Dime, ¿no eres tú el que anoche subió los equipajes?

RAMON. Sí, señora.

SUSANA. Y no te pagué tu trabajo... ahora recuerdo... ¿Alberto?

ALB. ¡Hija?

SUSANA. Dále tres ó cuatro pesetas.

ALB. ¿Eh? ¿Qué dices?...

SUSANA. Que le des al mozo su propina. Yo no tengo suelto.

ALB. ¿Tres ó cuatro pesetas? ¡Ah! sí: creo que tengo sueltas aquí... (Registrándose el bolsillo.)

SUSANA. Vamos, hombre, cualquiera creería que no tienes...

ALB. ¿Cómo se entiende? Por esa miseria... toma, muchacho. (Ap.) (¡Maldita sea tu estampa! ¡Yo que esperaba desbancar con esos doce reales!!...)

SUSANA. (Á Alberto.) ¿Vienes?

ALB. Te sigo, te sigo... (Susana entra en su cuarto. Alberto, que la sigue, vuelve á la escena apenas ella entra.)

ESCENA V.

RAMON, ALBERTO.

ALB. Oye, vuélveme las tres pesetas.

RAMON. Pero señor...

ALB. ¿No ves que son falsas, majadero?

RAMON. (Mirándolas.) ¡Calla!

ALB. (Cogiéndolas.) Trae, trae; luégo te daré cinco duros.

RAMON. Sí, sí, señorito.

ALB. Cinco golpes... si se siguen dando las judías... (Váse corriendo por el foro.)

RAMON. ¡Qué señorito tan amable! Si me da los cinco duros... (Váse foro.)

ESCENA VI.

RICARDO, CLOTILDE.

RIC. (Saliendo delante.) No te empeñes, Clotilde mia, ese es un capricho sin fundamento.

CLOT. ¡Capricho! Vaya, y aunque así fuera. ¿Son tan lindos!... ¿no los reparaste ayer tarde? Ni en París, ni en ninguna parte he visto unos brillantes más bonitos. ¿No los miraste?

RIC. No; me llamaron la atencion unos magníficos cigarros que había en la tienda de al lado.

CLOT. Y están montados en oro con un gusto...

RIC. ¿Los cigarros?

CLOT. No, los pendientes. ¡Qué luces!... ¡qué tallado!... ¡Ricardo mio!... si tú fueses tan bueno...

RIC. Pero, hija, gastar un dineral para una tontería... ya tienes muchos brillantes.

CLOT. ¡Me estarían tan bien!

RIC. ¿Á quién quieres tú agradar?

CLOT. Á tí. (Con inocencia.)

RIC. Pues bien. La primera vez que yo te ví, Clotilde mia,

llevabas un vestido blanco y una rosa en tus cabellos; ¡si tú supieses qué linda me pareciste! Déjame creer que nuestro amor data de ayer: qué, ¿necesitas llevar brillantes para agradarme siempre? ¿Para ver esa dulce sonrisa en tus divinos labios?

CLOT. ¡Oh, no!

RIC. Pues bien, conténtate hoy con ser jóven, con ser bonita, con ser amada, y algun dia...

CLOT. ¿Es decir que me comprarás joyas cuando sea fea y vieja?... Mil gracias.

RIC. ¡Clotilde! ¡Es posible!...

COLT. (Convencida.) No hablemos más de ello. No quieres... me resigno.

ESCENA VII.

DICHOS, SUSANA.

SUSANA. (Saliendo.) Pero Alberto, ¿qué haces? ¡Qué veo!

CLOT. (Corriendo á abrazarla.) ¡Querida tia!

SUSANA. ¡Clotilde! ¡Ricardo! (Alargándole la mano.) ¿Cómo es eso?

RIC. Pues no le ha dicho á usted Alberto?...

SUSANA. Ni una palabra. (Á Clotilde.) Y qué hermosa estás, Clotilde mia! ¿Cómo no me habeis advertido?...

CLOT. Si llegamos hace tres dias; Ricardo te escribió; pero sin duda ya habíais salido de Madrid cuando llegó la carta.

RIC. Así es, señora.

SUSANA. ¡Clotilde mia! (Volviendo á abrazarla.) ¡Si no me canso de mirarte!...

RIC. Las dejo á ustedes. Tendrán ustedes tantas cosas que decirse despues de un año de ausencia... Vaya, hasta despues.

CLOT. ¡Ven pronto! (Despidiéndole con un gesto cariñoso.)

SUSANA. ¿Le quieres mucho?

CLOT. Sí; soy muy dichosa. ¡Ricardo es tan bueno! ¡calla! qué pendientes tan bonitos!

SUSANA. ¿Te gustan?... ¿Los quieres?...

CLOT. No; los miraba porque me han recordado unos que ví ayer...

SUSANA. ¿Aquí?

CLOT. Sí, en una joyería que acaban de abrir. ¡Si vieras qué magníficos!...

SUSANA. ¿Y cómo no te los ha comprado tu marido?

CLOT. Yo bien quería, pero...

SUSANA. ¿Pero qué?

CLOT. Nada; hablemos de otra cosa.

SUSANA. No, hija, no. Hablemos de eso. ¡Vaya, tu felicidad me interesa demasiado para que no desee enterarme... ¿dices que los querías?

CLOT. Sí; pero Ricardo me ha dicho...

SUSANA. En plata. ¿Se ha negado á comprártelos?

CLOT. Sí.

SUSANA. ¡Ay, pobre Clotilde!

CLOT. ¿Qué es eso?

SUSANA. ¡Que estás perdida!

CLOT. Me causas miedo, tia.

SUSANA. ¡Una negativa! ¿Y tú consientes en que tu marido te niegue nada, cuando aún no hace un año que estais casados? ¡Qué imprudencia!

CLOT. ¡Cómo! ¿Yo soy imprudente?

SUSANA. Hija mia, la felicidad en el matrimonio depende de los primeros dias. Pero, Clotilde, ¿no te lo he dicho mil veces? Es preciso hacerse dueña de la voluntad del esposo enamorado y de la llave de la gaveta. ¿De dónde sales que no sabes eso, muchacha? ¿Pues no te he educado yo? Vamos, vamos, ¡te has perdido con mi ausencia! ¿Te ha negado una cosa? Te la negará todas.

CLOT. ¿De veras?

SUSANA. ¡Vaya! Si no fuera por la fortuna de habernos vuelto á ver tan pronto... ¡Tu buena estrella te conduce aquí! que si no...

CLOT. ¿De veras, tia? Vaya, pues me alegro mucho de haber venido.

SUSANA. ¿Deseas esos brillantes? Los tendrás. ¡Oh, esto es muy

grave: es cuestion de porvenir; te digo que los tendrás!

CLOT. No deseo otra cosa. ¿Pero cómo haremos? ¡Si ya se los he pedido!

SUSANA. Sí, ¿con una voz muy dulce, con tierna mirada y apoyándote en su brazo?

CLOT. Sí. He agotado todos los medios de persuasion.

SUSANA. (Con burla.) ¿Todos? ¿Estás bien segura?

CLOT. (Cándidamente.) Sí. Á lo ménos creo...

SUSANA. Mira; para obtener alguna cosa, hay en el arsenal de la coquetería femenina cien mil medios á cual más seguros todos cuando se sabe escoger bien el momento oportuno de emplearlos. Voy á enterarte, porque, hija, es preciso completar tu educacion.—En este caso, por ejemplo, y despues de haber agotado las cariñosas palabras y las miradas dulces, produce excelente efecto un cierto aire ofendido, un gesto tranquilo, pero amenazador... mira, así... inclinada la cabeza hácia atrás, y diciendo con acento desdeñoso y un si es ó no es colérico... «¡Ah! Conque es decir que me rehusas... ¡bien, bien... bien!...»

CLOT. (Confusa.) ¡Cómo, tia! ¿y tú me aconsejas?...

SUSANA. (Con impaciencia.) Hija, hija; te digo que es preciso completar tu educacion. Vamos á ver. Ensaya.

CLOT. Tia...

SUSANA. ¡Sí, aquí nadie nos ve, tonta!

CLOT. (Imitándola un poco ridículamente.) «¡Ah! ¿Conque es decir que me rehusas?... ¡bien... bien... bien!»

SUSANA. Quita, quita; si no es eso; más energía?

CLOT. ¡Si no acierto!

SUSANA. Entónces pensemos... (Despues de reflexionar un instante.) ¡Ah!

CLOT. ¿Has pensado otro medio?

SUSANA. ¡Y magnífico! El más excelente... ¿Sabes llorar?

CLOT. ¿Cómo que si sé?...

SUSANA. Sí, de seguro sabrás llorar. ¿Qué mujer no sabe?...—Mira, Clotilde mia; los hombres son ménos malos que lo que nosotras queremos hacer creer. Esto se puede

COMPAÑIA DE LA EMPRESA JUAN BRIS Y T.

decir sin riesgo aquí entre nosotras, porque ninguno nos oye. Así es que cuando nos ven llorar casi siempre se enternecen.

CLOT. Es verdad.

SUSANA. Pues, hija, es preciso saber aprovechar á tiempo esta circunstancia, y al obrar así debemos hacerlo sin remordimiento, porque al fin cada uno se defiende con las armas que debe á la naturaleza.—Mira, mi primer marido, ya le conociste, el pobre Jorge, ¡tenía un genio!... ¡Válgame Dios! Era lo que se llama un tirano. Pues bien, en cuanto yo lloraba ya le tenía á mis piés. La elocuencia de las lágrimas es infalible. Tú, que vienes de París, habrás oido contar la historia de la señorita de La Valliere? Pues, hija, tu marido no ha de ser más testarudo que Luis catorce. Ensaya una vez y me darás las gracias.

CLOT. Bien; pero es el caso que no sabré... ¿Cómo llorar cuando no hay motivo?

SUSANA. Pues claro está, se aparenta. No seas tonta; se lleva una el pañuelo á los ojos, y las lágrimas vienen solas. ¡Ah! ¡tu marido! (Viéndole entrar.)

ESCENA VIII.

SUSANA, CLOTILDE, RICARDO.

RIC. (Á la puerta del foro.) ¿Estorbo?

SUSANA. (Alegremente.) Al contrario. Ya puede usted entrar, caballero. Y viene usted muy á propósito. Clotilde me acaba de confiar lo dichosa que la hace usted. (Á Clotilde.) ¿Es verdad, sobrina mia?

RIC. Señora, hago á lo ménos cuanto puedo para conseguirlo.

SUSANA. No lo esperaba ménos. Vaya, te dejo; voy á mi cuarto un momento... (Bajo á Clotilde.) (¡Ánimo!) (Alto.) Adios, Ricardo.

RIC. Hasta despues, querida tia. Supongo que comeremos juntos.

SUSANA. Por supuesto.—Hasta luégo. (Váse echando una mirada persuasiva á Clotilde.)

ESCENA IX.

CLOTILDE, RICARDO.

RIC. ¡Qué buena, qué amable es Susana!

CLOT. (Preocupada.) Sí.

RIC. Y mi amigo Alberto es un excelente muchacho. Estoy cierto de que la hará feliz.

CLOT. Si no la rehusa nada. Hace poco la regaló...

RIC. ¿El qué?

CLOT. Unos pendientes casi igualitos á los que yo quería, y que tú me has negado.

RIC. (Leyendo un periódico.) Ya.

CLOT. (Ap.) (Mi tia dice que es cuestion de porvenir.)

RIC. ¿Todavía andamos á vueltas con los brillantes?

CLOT. (Suspirando.) ¡Si supieses cuánto me gustan?

RIC. Pero, hija, si no valen nada; tú no los has visto bien.

CLOT. Puede que sea un capricho, pero no puedo pensar en otra cosa desde que los ví.

RIC. Eso es una locura, y en este caso á mí es á quien toca tener juicio por los dos.

CLOT. (Tristemente.) ¿Es decir que decididamente te niegas á comprármelos?

RIC. Sí me niego; y en verdad que esa insistencia...

CLOT. Por dos ó tres mil reales...

RIC. No es por el dinero sino...

CLOT. (Ap.) (Probemos.) (Alto, imitando aunque grotescamente lo que la dijo Susana.) ¡Ah! ¿Conque es decir que me rehusas?... ¡Bien, bien... bien!

RIC. (Riendo y ap.) (¡Já! ¡já! ¡Qué monísima se pone cuando finge enfadarse!)

CLOT. (Ap.) (Creo que esta vez lo he dicho bien.) (Alto, y con el mismo tono de ántes.) ¿No respondes?...

RIC. (Ap.) (Yo se los compraría, pero si cedo esta vez no ha

COMPAÑIA DE ZARZUELA EMPRESA JUAN FORNAS ROCA

medio luégo de hacerse respetar.) (Alto y con firmeza.) Pues, hija, sí, rehuso.

CLOT. ¡Oh!

RIC. Te compraré lo que tú quieras, lo que desees, no siendo ese adorno, esos brillantes, que te son completamente inútiles.

CLOT. (Ap.) (¡Vaya! Hay que recurrir al gran medio.)

RIC. Te suplico por lo tanto que no insistas más.

CLOT. (Ap.) (Dice mi tia que va en ello mi felicidad... Sí, es preciso.) (Alto y llevándose el pañuelo á los ojos.) ¡Ah! Ah! Dios mio... ¡qué desgraciada soy! (Solloza.)

RIC. (Que despues de las últimas palabras ha vuelto á coger el diario y lee, se vuelve diciendo.) ¿Eh? ¿Qué es eso?

CLOT. ¡Quién dijera, que tan... pronto... (Solloza.)

RIC. (Acercándose.) ¡Clotilde!

CLOT. (Siempre llorando.) Tú no me quieres... no... Usted... no me quiere.

RIC. ¡Qué locura! Pero, hija, no llores...

CLOT. (Sollozando cada vez más fuerte.) Mi mamá, mi pobre mamá es la única que me... quería... (Ricardo saca su pañuelo y la limpia cariñosamente los ojos.)

RIC. Vaya, Clotildita, no seas niña... (Ap.) (¡Lágrimas, y yo soy la causa! ¡Vamos, no merezco perdon! Por una frusleria...) (Alto, á sus piés.) Cálmate, vida mia; yo te suplico que me perdones.

CLOT. ¡Qué desgraciada... so...oy...

RIC. Mira, voy ahora mismo á comprar los pendientes.

CLOT. No, ya no los quiero.

RIC. Te digo que voy...

CLOT. No, no quiero... ¡no los quiero!...

RIC. Vuelvo en seguida. (Corriendo por el foro.) Vamos, no tengo perdon de Dios; hacer llorar á este ángel!

ESCENA X.

CLOTILDE, ALBERTO.

CLOT. (Cambiando de tono en cuanto sale Ricardo.) ¡Ah! ¡victoria, victoria! ¡Al fin cedió! ¡Mi tia tenía razon! (Mirando por la ventana.) ¡Uy! ¡cómo corre!... ¡Pobrecillo! Casi casi me dan ganas de llamarle... No, ¡qué diría mi tia!...

ALB. (Entrando con aire abatido.) Pues señor, *¡volaverunt* tambien las tres pesetas! ¡Condenadas judías! sin querer quebrar... (Tentándose los bolsillos.) Ahora sí que estoy raso, mondo y lirondo...

CLOT. (Volviendo.) ¡Ah! ¡Cómo! ¿Es usted, Alberto?

ALB. Sí, hija mia, un poco desfigurado; pero yo soy. ¿Y cómo estás, Clotilde? Yo vi ántes á Ricardo, y aún ahora mismo creo que pasó á mi lado al entrar yo, sólo que iba como alma que lleva el diablo.

CLOT. Es que iba á...—si viese usted qué bueno es y cuánto me ama!

ALB. Vaya, me alegro mucho.

CLOT. Ahora mismo, gracias á mi tia... (Ap.) (qué tonta soy, pues no le iba á contar ~~Susana~~...)

ALB. (Alto.) Susana? ¿Qué, qué hablas de Susana?

CLOT. Nada, que tambien es muy buena, y que me quiere tanto!

ALB. Sí, buena... buena... los primeros de mes sobre todo, (Ap.) (que es cuando afloja los patacones; pero los veinticuatro, porque hoy estamos á veinticuatro, y este mes trae treinta y uno el condenado... ¡y qué dias más largos!... ¡Puf! ¡yo creo que se pone el sol á las doce y tres cuartos de la noche! ¡Oh, esto es insufrible!!) (Clotilde ha vuelto á la ventana. Alberto se pasea gesticulando, y tropezando en una silla la deja caer.)

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA
JUAN BORRAS Y ROCA

ESCENA XI.

DICHOS, RAMON.

RAMON. (Apareciendo en cuanto suena el ruido.) ¿El señor ha llamado?

ALB. No.

RAMON. Creía...

ALB. Te digo que no.

RAMON. Está bien, está bien. No crea el señorito que vengo por aquellos cinco duros...

ALB. Si no te largas, te voy á dar el puñetazo más hermoso que has llevado en tu vida, ¡pillastre!

RAMON. (Marchándose.) ¡Uy!!

CLOT. (Volviéndose.) ¿Qué es eso?

ALB. Nada, no hagas caso, hija.

CLOT. (Viendo entrar á su marido y ap.) (¡Ah! Ya esta aquí.)

ESCENA XII.

CLOTILDE, ALBERTO, RICARDO, con un estuchito an la mano.

RIC. Clotilde mia, vengo á buscar mi perdon.

CLOT. (Ap.) (¡Los trae!)

ALB. (Admirado.) ¿Su perdon?

CLOT. (Ap.) (Pobre Ricardo, qué bueno es, y qué mal he hecho en engañarle!

RIC. (Presentando la caja.) Vaya, aquí los tienes.

CLOT. Ricardo... (Confusa y ap.) (¡Qué mal he hecho! Ahora no me atrevo ni áun á mirarlos!)

ALB. ¿Qué significa esto?

RIC. ¿Aún me guardarás rencor? pues no me le tendrías si supieses el disgusto que me han ocasionado los tales pendientes.

CLOT. (Alarmada.) ¡Cómo! ¡Disgusto! ¿Á tí; Ricardo mio? ¿Y por mi causa?

RIC. No, no te asustes. Un caballero, un militar que los tenía ya medio ajustados cuando yo llegué, y que ha lle-

vado muy á mal que yo ofreciese en el instante doble de su valor, temeroso de quedarme sin ellos. Ya se ve! el diamantista me dió al momento la preferencia.

CLOT. Pero, ¿y el militar?

RIC. Nada, un altercado que no vale la pena, y que terminó prontamente. (Mirando los pendientes.) ¡Y qué bonitos son. No me explico ahora cómo he podido yo negarte.. ¿Verdad, Alberto? Mira, mira qué dos gotas de agua...

ALB. (Mirando.) Sí, son muy bonitos brillantes. Mi mujer tiene unos casi iguales...

RIC. Que tú la has regalado.

ALB. ¿Eh? Que yo le he...—¡Sí, es verdad! Que... (Ap.) (ella se ha regalado.

RIC. (Á Clotilde tiernamente.) ¿Estás contenta?

CLOT. (Tendiendo la mano á su marido.) Ricardo, esposo mio... Si supieras...

RIC. ¿Qué?

CLOT. Nada, nada; lo contenta que estoy! Voy á ponérmelos ahora mismo, y saldremos juntos; quiero que todo el mundo me vea tranquila y feliz, quiero parecer linda para que estés orgulloso de tu Clotilde.

RIC. Vé, vé, ~~Clotilde mia.~~ (Acompañándola.)

CLOT. (Ap.) (De todos modos he hecho mal en engañarle.)

ALB. (Ap.) (Pues señor, parece que este está en fondos, será preciso proponerle un empréstito.)

ESCENA XIII.

ALBERTO, RICARDO.

ALB. Conque, Ricardillo, ya sabes que te se quiere... (Alargándole la mano como despidiéndose.)

RIC. ¿Te marchas?

ALB. Sí, voy á... (Registrándose los bolsillos.) Por vida de... pues no me iba á marchar sin dinero...—El caso es que no quisiera volver á entrar en mi cuarto...

RIC. ¿Necesitas algo?

A. FORNAS Y ROCA IMPRESA

ALB. Cuatro ó cinco monedas de cinco duros por no salir sin... Pero, deja, deja, iré...

RIC. No, hombre, si no quieres volver á entrar en tu cuarto no hay necesidad. Aquí tengo yo... (Buscando en su bolsillo y sacando dinero en oro.) Toma lo que quieras.

ALB. Bueno. Nada más que veinte ó veinticinco duros... ajá! cinco monedillas. (Las toma.) Luégo te las devolveré.

RIC. (Sonriendo.) Cuando quieras. Y ahora voy á ver á ese condenado militar que me estará esperando...

ALB. ¿Qué militar?

RIC. El de los pendientes. Se ha empeñado en que le dé una satisfaccion. Yo le supliqué que me esperase ahí abajo.

ALB. Pero, cómo, chico. ¿Será cosa de andar á trastazos por una tontería?

RIC. Supongo que no. Voy á ver.

ALB. Anda con Dios. Si acaso, ya sabes que soy un espadachin de primera, y aunque detesto el duelo... tratándose de un amigo como tú...

RIC. Espero que no hará falta. Hasta luégo.

ESCENA XIV.

ALBERTO, á poco RAMON.

ALB. (Saltando y brincando muy contento.) ¡Ajajá! ¡ya soy todo un capitalista! Esta vez con veinticinco duros, y una buena inspiracion... ¡pataplum! no queda un real en el Casino! (Tirando las monedas sobre el velador y haciéndolas sonar.)

RAMON. (Saliendo al ruido.) ¿El señor ha llamado?

ALB. ¿Eh? Á tí si que parece que te llaman con campanillas. No quiero hacerte esperar más tiempo. (Ap.) (¡Sí, es una vergüenza! Exponerse á la crítica de un criado...) (Alto.) Toma. Ahí tienes tus cinco duros. (Dándole una moneda. Ramon la mira con recelo.)

RAMON. ¿Serán falsos, señor?

ALB. (Enfadado.) ¡Cómo!

RAMON. (Guardando la moneda y con risa estúpida.) ¡Jí! ¡jí! Lo decía por si acaso! ¡Jí! ¡jí!

ALB. Mira, tunante, si no te largas!... (Ramon se marcha corriendo. Alberto le detiene.) ¡Oye! Si la señora pregunta por mí, dile que me he marchado por esos campos á admirar la naturaleza. (Ap. marchándose.) (Con veinte duros y una buena inspiracion. Voy á jugar judías.)

ESCENA XV.

RAMON, SUSANA, á poco CLOTILDE.

RAMON. ¡La naturaleza!... No me parece á mí mala la naturaleza de este señor.

SUSANA. (Saliendo de su cuarto.) ¿Has visto á don Alberto?

RAMON. Sí señora, se marchó á admirar la naturaleza. (Ap.) (¡Caramba y qué guapa es la señora! (Suspira.) ~~¡Ah!)~~

SUSANA. (Volviéndose.) ¿Eh? ¿Qué haces ahí?

RAMON. (Melancólicamente.) ¡Admirar la naturaleza! (Ramon se marcha.)

CLOT. ¡Susana!

SUSANA. Y bien, ¿qué hay?

CLOT. Que me abraces, tiita mia.

SUSANA. ¿Has conseguido?

CLOT. (Enseñándole los pendientes que se ha puesto.) Mira.

SUSANA. ¡Ah! ¿Has llorado?

CLOT. Y creo que muy bien. Sin embargo, ¡estoy tan arrepentida! ¡Si le hubieses visto al pobre!... Vamos, no lo volveré á hacer, y á la primera ocasion se lo confieso.

SUSANA. ¡Eh! no seas niña. Anda, anda á ponerte los guantes, e sombrero y saldremos todos juntos; yo voy tambien á mi cuarto.

ESCENA XVI.

ALBERTO, á poco RICARDO.

RIC. (Entrando por el foro muy agitado y dirigiéndose á la derec

A. DORAS Y ROCA
IMPRESA
A DE ZARZUELA

del proscenio.) ¡Estamos frescos! Ese hombre no quiere escuchar ninguna explicacion. ¿Y qué hago yo ahora? Vamos, ¡cuando pienso que todo esto ha sucedido por una tontería...

ALB. (Sale muy serio con el sombrero encasquetado y las manos en los bolsillos y se adelanta pausadamente á la izquierda del proscenio.) ¡Ahora era *biscarronda*! Ni una judía. Condenada suerte. ¡Los veinte duros... pirrist!...

RIC. (Sin ver á Alberto.) ¡Estamos bien!

ALB. (Mirándole y sin moverse.) Como tres con un zapato.

RIC. (Viéndole.) ¿Eh? ¿Tú tambien? ¿Pues qué sucede?

ALB. ¿Qué era *biscarronda*!

RIC. ¿El qué?

ALB. Lo que se daba. ¡Y yo jugaba judías!

RIC. ¿Y á mí qué me importa? ¡Estoy comprometido! Ese diablo de hombre no se viene á razones.

ALB. ¡Pues hijo, palo! ¡Casualmente estoy de un humor!...

RIC. No es por no batirme; yo no le tengo miedo á ese temeron; pero qué va á ser de mi pobre Clotilde!

ALB. ¿Conque no se aviene?

RIC. Nada. Figúrate que le he dado todas las satisfacciones posibles y decorosas. Le he dicho que había tenido empeño en quedarme con aquellos brillantes, porque era un capricho de mi mujer.

ALB. ¡Ya! era un capricho...

RIC. Que le había hecho derramar abundantes lágrimas. Con decir esto me parece... ya se sabe que en el matrimonio, en habiendo lágrimas, todo se consigue.

ALB. (Muy admirado.) ¿Eh? ¿Qué me dices?

RIC. Pues claro es: ¿cómo se ha de tener corazon para ver llorar á la persona querida sin sacrificarlo todo por enjugar aquel precioso llanto?

ALB. (Preocupado.) Ya; conque es un argumento infalible.

RIC. Cuando se ama... Pero nada, el buen señor me dice que tambien era antojo de su mujer, y que la ha dejado anegada en llanto para ir á buscar los pendientes, y que por consecuencia, ó se los lleva ó nos batimos.

RIC. Qué barbaridad!

ALB. Le he dicho que esté en el salon dentro de media hora y que tú irías á arreglar las condiciones.

RIC. Has hecho bien en contar conmigo.

ALB. Necesitaremos otro testigo. Voy á buscarle.

ESCENA XVI.

ALBERTO, despues SUSANA.

ALB. ¿Pero qué es lo que éste dice?... Que las lágrimas... En verdad que ahora recuerdo... Sí, la historia nos dice que Monaldeschi... Monaldeschi, el lector de Cristina de Suecia, empleaba ese medio con gran éxito para conseguir de la reina cuantas gracias deseaba... Verdad es que un dia aquella gran señora se amoscó y le mandó trinchar; pero esto no quita para que... es claro, no veo una razon para que este recurso lacrimoso obtuviese tan buen resultado en Suecia y no le tenga en San Sebastian. Veamos, veamos. (Viendo á su mujer.) ¡Oh! (Se dirige á la ventana.)

SUSANA. ¿Qué haces, Alberto? ¿Dónde te metes que nunca puedo echarte la vista encima?

ALB. ¡Admirando la naturaleza! Estaba aquí pensando...

SUSANA. ¿En qué?

ALB. En tí.

SUSANA. ¿En mí? Gracias.

ALB. Sí, en tí. En que tú sola puedes librarme de un compromiso...

SUSANA. Ya estoy.

ALB. He recibido una carta del sastre. Me manda una cuenta atrasada de cuatro mil reales.

SUSANA. ¡Ave María! ¿Llegamos anoche y ya hoy has recibido una carta del sastre?

ALB. Pues sí, hija. No es por desconfianza, sino que el pobre está apurado...

SUSANA. ¿Á ver la carta?

ALB. (Aparentando buscarla en los bolsillos.) ¡Aquí la metí!... Ah! Ya no me acordaba. La he quemado para encender un cigarro.

SUSANA. Si tú no fumas.

ALB. Es verdad, no era para mí... sino que ahí en la escalera de la fonda me encontré un caballero que fumaba... es decir, que quería fumar, y para darle lumbre encendí un fósforo; pero era pequeño y encendí la carta del sastre para que le sirviese de candela.

SUSANA. ¿Y qué necesidad tenía ese caballero de que hicieses tú esa operacion tan larga para que él fumase? ¿No podía encender él mismo su cigarro?

ALB. ¡Quiá, hija! ¡Si es un pobre coronel que ha servido en la guerra de África, y á quien una bala de cañon le llevó los dos brazos, y está el pobrecito!... (Imitando la postura de un hombre sin brazos.)

SUSANA. Señor de Riotinto, sus recursos de usted para sacar dinero son muy poco ingeniosos: por lo tanto no tendrá usted un maravedí.

ALB. (Sacando el pañuelo.) Está bien. Ni aun merezco ser creido... ¡Ah! ¡Ah! ¡Soy muy desgraciado! (Llora estrepitosamente.)

SUSANA. ¿Qué es eso?

ALB. Lo veo... bien claro... ¡Usted no me aaa...ma! ¡Soy una pobre víc...tima sacrificada!

SUSANA. ¿Pero qué le ha dado?

ALB. ¡Mamá! ¡Mama:..ita... mia!

SUSANA. (Soltando la carcajada.) ¡Ah, já! ¡já! ¡já!

ALB. ¿Eh?

SUSANA. ¡Já! ¡já! ¡qué feo te pones cuando lloras!

ALB. ¡Susana!...

SUSANA. ¡Já! ¡já! ¡Y qué bobo! ¡Cree convencerme! ¡Já! ¡já!

ALB. (Ap.) (Pues señor, no hago efecto. Me he lucido.) (Alto.) ¿Conque es decir que no me das dinero?

SUSANA. No, porque es para jugar.

ALB. Te doy mi palabra de no jugar. Pero he pedido prestado y no quiero hacer un papel ridículo, ¿lo entiendes?

SUSANA. No me convences.

ALB. Es que me formalizo. Susana, quiero ser un poco más amo de mi casa: yo te prometo no jugar, pero dame la llave.

SUSANA. No.

ALB. ¿No? Está bien; adios. Casualmente ese desafío me viene de molde. Ahora verás.

SUSANA. Oye, escucha, Alberto.

ESCENA XVII.

SUSANA, CLOTILDE, RICARDO.

SUSANA. ¡Me hace temblar! Despues de esa escena ridícula se pone tan serio... Y desafío... Sí, ha dicho algo de desafío... ¿Qué significa?...

CLOT. ¡Ea! Ya estoy lista. ¿Vamos?

RIC. ¡Ah, señoras, ¿han visto ustedes á Alberto?

SUSANA. Ahora mismo se ha separado de mí. Pero qué tiene usted, Ricardo? ¡Está usted inquieto, pálido!

CLOT. (Asustada.) ¡Es verdad! ¿Qué te ha pasado?

RIC. Nada... Clotilde... buscaba á Alberto para...

CLOT. ¿Para qué?

RIC. Para ir juntos á cierto punto donde nos aguardan... Pero si no está iré yo solo.

SUSANA. No, no saldrá usted... desafío... sí, estoy cierta de que Alberto ha dicho algo de desafío!...

CLOT. ¡Batirte tú! ¡Dios mio!... No, no saldrás...—¡Ah! ya recuerdo... ese militar, la cuestion de ántes. ¡Vas á batirte y yo soy la causa!

RIC. ¡Tranquilízate! ¡Si no hay tal cosa!...

SUSANA. Sí, sí, van á batirse, estoy segura. ¡Alberto! y yo le he dejado marchar!

CLOT. ¡Oh! no me perdonaré nunca, porque yo soy la causa, yo te he engañado!

RIC. ¡Cómo!

SUSANA. ¡Dios mio!

CLOT. Sí, yo he fingido mis lágrimas para obligarte á comprar esos brillantes, que son la causa de ese desafío.

RIC. ¡Cielos!

SUSANA. ¡Pero corra usted, busquemos á Alberto!...

CLOT. (Cayendo á los piés de su marido anegada en llanto.) ¡Perdóname, esposo mio! ¡Perdóname!

RIC. ¡Tú! ¡Has sido capaz!...

CLOT. ¡Perdóname, por Dios!

ESCENA XVIII.

DICHOS, RAMON.

RAMON. ¡Ay, señores, qué desgracia! El señorito don Alberto se está batiendo en el jardin con un coronel.

TODOS. ¡Cielos!

CLOT. y SUS. ¡Ya es tarde! (Susana cae de rodillas sollozando. Despues de un momento de pausa levanta la cabeza y dice tímidamente.(

SUSANA. ¡Dios mio! ¡Y ese coronel no será aquel sin brazos!

RIC. ¡Pero qué es lo que me has dicho! ¿Aquellas lágrimas?...

CLOT. Eran fingidas, Ricardo mio; pero perdóname, ¡yo te juro no volver á caer en la tentacion!

RIC. ¡Fingidas! ¡Y no has dudado en engañarme por un vano capricho! ¡Y el amigo más querido de mi corazon muere tal vez en este momento por tí, por tu causa!...

SUSANA. ¡Dios mio!

CLOT. ~~¡Ah!~~

RIC. ¡Y no tardaré en seguirle, corro ahora mismo á vengar su muerte ó á morir con él!

CLOT. ¡No, no saldrás! (Deteniéndole.)

SUSANA. ¡Sí, sálvele usted!

RIC. ¡Déjame! (Procurando desasirse.)

RAMON. Ya será tarde. (Procurando detener á Ricardo.) No salga usted, señorito.

SUSANA y CLOT. ¡Ah! (Cayendo cada una en un sillon y sollozando.)

RIC. (Enjugándose las lágrimas.) ¡Y en tanto mi pobre amigo!...

¡Ah! ¡Esto es horrible!...

RAMON. (Llorando tambien.) ¡Sí, pobre señorito! ¡Y el coronelazo aquel que parece un gigante! ¡Ya le habrá hecho picadillo!

TODOS. ¡Ah! (Llorando.)

ESCENA XIX.

DICHOS, ALBERTO, con dos sables debajo del brazo.

ALB. (Cantando.) Quand-on à tout perdu
et qui il n'y a plus dlespoir
l'on tire la chemíse
et l'on faite un mouchoir.
Toujours, toujours,
la nuite comme le jour.

JUAN LORRAS Y ROCA
EMPRESA
COMPAÑIA DE ZARZUELA

TODOS. ¡Alberto! (Corriendo á él.)

ALB. En persona.

SUSANA. ¡Esposo mio! ¿Estás herido?...

ALB. ¡Cá! ¿De qué me habian de servir mis seis años de esgrima? Le he arrimado un linternazo al Goliat ese que ya tiene que rascar para unas dias.

RIC. ¿Tú?...

ALB. Sí; en el brazo derecho. No tengas cuidado, que no se muere por eso.

RIC. ¡Amigo mio, tanta generosidad! (Abrazándole.) ¡Batirse por mí!

ALB. ¿Y qué remedio? Si no quería avenirse á razones; pero ahora ya está completamente satisfecho.

SUSANA. Alberto mio! ¡Cómo poder yo obtener mi perdon! (Acercándose tímidamente.)

ALB. Pues hija, muy fácilmente: con...

SUSANA. ¡Sí, sí, pide lo que quieras!

ALB. Vamos, ya he descubierto el gran secreto. En cuanto necesite dinero mato al primero que se me presente.

SUSANA. (Alargándole con timidez la mano.) No, no lo necesitarás

nunca, porque tú eres el dueño. Desde hoy renuncio á mis derechos. (Dándole la llave.)

ALB. (Tomándola y besándola.) ¡Ah, preciosa llave! ¡Y yo desde hoy no juego más! ¡Vida nueva! La leccion debe aprovechar á todos. ¿No es verdad? (Á Clotilde.)

CLOT. ¡Oh! por mí ciertamente. Pero Ricardo...

ALB. (Haciendo que se abracen.) Vaya, absolucion general y propósito de la enmienda.

Aún nos falta otro perdon,
que espero que consigamos.
(Al público.) Señores, aquí llegamos
demandando absolucion.
Yo de ustedes no me aparto
sin salirme con mi tema;
y ya sabes mi sistema,
al que no aplauda lo ensarto!

FIN DE LA COMEDIA.

JUAN LOZANO Y LEÓN
EMPRESA
COMPAÑIA DE ZARZUELA

COMPAÑIA DE ZARZUELA
EMPRESA
JUAN BORRÁS Y ROCA

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

Asort y aventura	1	E. Vidal	Libro.
De Barcelona al Parnás	1	Idem	Libro.
La cieguecita	1	Sres. Moratilla y Andrey.	L. y M.
Las campanetas	1	D. E. Vidal	Libro.
Dos Milions	1	Idem	Libro.
Ni se empieza ni se acaba	1	Sres. Granés y Cerceda.	L. y M.
Por la tremenda	1	Salvador M. Granés	Libro.
Una jaula de locos	1	D. M. Fdez. Caballero	Música
Pot mes qui piula	1	E. Vidal	Libro.
Un pobre diable	1	Idem	Libro.
La criada	2	Idem	Libro.
La gran sastresa	2	Idem	L. y M.
La manescala	2	Idem	Libro.
La masovera	2	Idem	L. y M.
Lo somni daurat	2	Idem	Libro.
Los pajes del Rey	2	L. Mariano de Larra.	Libro.
El convidado de piedra	3	Sres. Castillo y Manent.	L. y M.
Blancos á azules	3	Ciern, Nogués y Cab.	L. y $^1/_2$ M.
El siglo que viene	3	D. M. Fdez. Caballero.	Música
El viaje a la luna	3	L. Mariano de Larra.	Libro.
La guardiola	3	E. Vidal	Libro.
Juan de Urbina	3	L. Mariano de Larra.	Libro.

NOTA.—Han dejado de pertenecer á esta Galería las obras de D. Luis Blanc, tituladas: *El proscripto*, *La pena capital*, *Bernardo el Calesero*, *El sorteo*, *La verdadera Carmañola*; *Los amigos de los pobres*, *Los aventureros* y *Romper cadenas*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de los Sres. *Hijos de Fé*, Jacometrezo, número 44, y de *Durán*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.